

CLUB DEL MISTERIO

RICHARD S. PRATHER



LA BELLA
Y LA MUERTE

40



El detective privado Shell Scott está pasando sus vacaciones en un lujoso hotel de Acapulco. Pero casualmente allí se aloja también la mitad del hampa de los Estados Unidos. Y no precisamente con fines de descanso. Los problemas empiezan cuando la esposa de uno de los más siniestros personajes del mundo del crimen le pide a Shell Scott que la ayude a escapar de su marido. O quizá habían empezado antes, cuando un destacado dirigente sindical de su país le había pedido que rescatase unos documentos que probaban que él era en realidad un conspirador, un defalcador y un hombre de muy discutible moralidad. No hay duda de que con estos ingredientes Shell Scott pasará unas vacaciones muy movidas, esquivando balas y puñetazos y zambulléndose en el mar desde acantilados que no son más peligrosos que algunas de las mujeres que se cruzan en su camino.

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

Shell Scott, *usa pantalón de baño decorado con pasionarias y bebe cócteles de coco.*

Gloria Madison, *rubia curvilínea, de movimientos exagerados al caminar.*

George "Muerte súbita" Madison, *parece tan inteligente como un conejo.*

Abel Samuels, *bromista pesado, mide 1,50 m. de estatura y otro tanto de ancho.*

Evelyn, *se viste con 20 kilos de visón y cien gramos de "lamé" dorado.*

Vicente Torelli, *el jefe.*

María Carmen, *bailarina acrobática, practica esquí acuático sin nada puesto.*

Voz de Esmeril, *tiene la mitad de la cara más pequeña que la otra.*

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba mirando a la encantadora rubia de la malla de una pieza y media, diciéndome que si criaba más curvas sería prohibida por la censura, cuando ella se puso de pie y, como si supiese exactamente qué era lo que yo estaba pensando, empezó a caminar hacia mí. Probablemente para abofetearme.

Yo había estado empapándome en el caluroso sol de la tarde junto a la pileta de forma ameboidea del Hotel "Las Américas", en Acapulco, luciendo un violento pantalón de baño decorado con grandes pasionarias rojas, ideales para iniciar conversaciones. Sorbía un cóctel de coco servido en media cáscara de coco, mientras lamentaba no haber pedido un simple whisky con agua y me sentía bastante ridículo, con las pasionarias y los cócteles de coco.

Ése era uno de los bellos días de Acapulco: el sol salpicaba desde los chillones hibiscos amarillos y las rojas flores tropicales que rodeaban la pileta y llegaba filtrado entre las ramas de los árboles de ponciana real. Hacía calor, apenas atenuado por una débil brisa, y yo sentía ríos de sudor que me chorreaban por el pecho. Había pocas personas en la pileta. La mayoría estaban alrededor de la misma y en el bar techado al aire libre situado a poca distancia del extremo menos profundo de la pileta. Se veían muchos colores llamativos, exóticos, y flotaba un constante rumor de conversación mezclado con risas súbitas. La atmósfera era tranquila y seductora, pero por encima de todo planeaban y aleteaban con gracia siniestra los desplu-

mados buitres negros, que son la característica de Acapulco junto con los lujosos hoteles que bordean Las Playas.

Mi oficina de Los Angeles con el letrero "Sheldon Scott, Investigaciones" en la puerta, parecía tan lejana de Méjico como Marte, pero esa rubia podría haber salido de Wilshire Boulevard o del Earl Carroll's. Y seguía avanzando.

Se acercó a mí con un balanceo que habría estado vedado en el Hollywood Boulevard de mi ciudad. E incluso si lo hubiesen permitido, dudo que alguna otra podría haberlo imitado. Oscilaba hacia este lado, y después hacia el otro lado, y lo más importante consistía en que siempre venía hacia mi lado. Ella no hacía nada más que adelantar un pie, y después el otro, pero al mismo tiempo había más o menos una docena de deliciosos movimientos menores que era difícil observar simultáneamente, y todo quedaba apenas disimulado por el sintético pañuelo que flotaba sobre su busto y por la pieza de niebla estampada igualmente sintética que cumplía su insuficiente misión alrededor de sus caderas, si es que ésa podía ser designada como misión. Tenía una larga cabellera rubia que rozaba sus hombros y un hermoso bronceado suave que hacía cosquillear los dedos con deseos de tocarlo. Se detuvo justo frente a mí.

—Hola —dijo sonriendo. En cierta forma su voz también pareció bronceada..., cálida y brumosa.

Estaba tan estupenda desde mi ángulo visual, que aborrecí el tener que ponerme de pie y cambiarlo. Pero lo hice.

—Hola. ¿Tiene inconveniente en compartir mis baldosas?

—Gracias —respondió. Se sentó con gracia, doblando sus suaves piernas debajo de ella, y me sonrió cuando me instalé a su lado.

No lo entendía. Mido un poco menos de un metro ochenta y seis y peso ciento tres kilos, pero alrededor de la pileta había muchos tipos más atractivos. Y mi pelo casi

blanco, cortado al rape, se yergue en el aire como un jopo blanco, y las cejas blancas que parecen eles mayúsculas volcadas y sesgadas sobre mis ojos grises para caer en los extremos exteriores, no me convierten en un César Romero. La nariz ligeramente torcida tampoco aumenta mi belleza. Tampoco se trataba de que le gustaran simplemente corpulentos. Esa tarde había alrededor de la pileta más tipos corpulentos y robustos que los que había visto en toda mi vida alrededor de una sola pileta. Estos tipos de aspecto recio me habían hecho meditar –y me habían preocupado– antes de descubrir a la rubia. Era algo que llamaba la atención. Generalmente alrededor de la pileta de cualquier hotel de lujo como ése uno veía tantos papás gordos y solteronas arrugadas que el establecimiento parecía un museo, o un “nauseo”, con pileta. Pero estos muchachos tenían físicos de levantadores de pesas.

La dama seguía mirándome, de modo que dije:

–¿Ha venido a pescar? ¿O simplemente de vacaciones?

–Principalmente de vacaciones. Ojalá éste fuese el único motivo –hizo una pausa–. ¿Y usted?

–Estoy..., holgazaneando –respondí. No era cierto. Probablemente el caso del que me estaba ocupando era el más importante de mis seis años de detective privado. No estaba dispuesto a mencionar mi trabajo, y deseé que la pregunta de esa muñeca no fuese más que un pretexto para conversar–. Es un lindo lugar para holgazanear –comenté–. ¿Usted se aloja en “Las Américas”?

–No, pero los negocios hacen que mi esposo pase aquí la mayor parte de su tiempo, de modo que uso la pileta. Descanso, me bronceo, y me recupero.

Recuperaba las formas. Qué chistosa. Si sus formas mejoraban ella no ganaría nada con eso: nadie lo creería. Sin embargo, su otro comentario me desconcertó. El concerniente a su “esposo”. Pero yo debería haberlo adivina-

do. Con su carrocería ya debía tener siete; uno para cada día de la semana.

—¿Su esposo, eh? —dije ingeniosamente—. ¿Tiene un esposo, eh?

—No será por mucho tiempo si puedo evitarlo. Por eso quería hablarle, señor Scott.

Parpadeé. Nunca había visto antes a esta chica, y sin embargo conocía mi nombre. Además quería hablarme respecto de su esposo. Generalmente ocurre al revés.

—Señora —dije—, ¿cómo averiguó mi nombre? Y estoy seguro de que no conozco a su esposo. No pueden quedar muchas dudas de que, además, no me interesa conocerlo.

Ella se rió alegremente, abanicando sus pestañas.

—Usted es tal como me lo habían descrito —gorgoteó—. Aunque tiene un aspecto más recio —bajó el tono de su voz—. Escuche, señor Scott, ¿usted pensó verdaderamente que me acerqué sólo porque me gustan sus músculos?

—Yo..., ejem...

—Sus músculos *me gustan* —explicó sonriendo—. Por lo menos los que alcanzo a ver —se rió—. Pero ése no fué el único motivo. Ni siquiera fué el principal motivo. Quiero contratarlo.

—¿Contratarme? ¿Para qué? ¿Y cómo es que sabe tanto respecto de mí?

—En realidad no lo sé. Anoche mi esposo y yo estábamos en el bar cuando usted entró. Él me informó quién es usted, y entonces recordé haber visto su foto en los diarios. Vengo de Beverly Hills —se encogió de hombros y se puso seria. Noté que sus ojos eran verdes y amplios bajo las cejas arqueadas, castañas—. Usted es el único hombre que está aquí acerca del que puedo decir con *certeza*, que no es un forajido.

Esto me intrigó un poco, pero miré alrededor de la piletta y el significado de sus palabras se hizo más claro. Yo había pensado bastante en esos muchachos corpulentos

desde la tarde del día anterior, cuando había llegado al hotel y había reconocido en el vestíbulo a un par de gangsters destacados. Y había visto otras varias caras que me habían parecido familiares, aunque no las había identificado. Del otro lado de la piletta estaba un tipo de piel blanca y pantalón de baño pardo, calvo y con cara de hongo tallado. Súbitamente, al mirarlo, recordé quién era: Mushy Ostrowski, cabecilla del juego y la protección en la zona de San Francisco. Empecé a sentirme un poco nervioso.

—Está bien —murmuré—. De modo que no soy un forajido. Es evidente que usted sabe que soy un detective privado. ¿Por qué necesita un detective?

—Quizás porque me gustan sus músculos —respondió sonriendo, y entonces su expresión divertida se disipó y ella agregó—: Hablando seriamente, necesito ayuda. Quiero dejar a mi esposo.

—Para eso no necesita un detective. Prepare su equipaje y lárguese —le sonreí—. Vaya a Los Angeles.

—Me temo que si lo abandono, él..., él me matará.

Casi sentí deseos de volver a verla caminando. Alejándose de mí.

—Señora..., ¿y cómo debo llamarla, además de señora?

—Gloria.

—Yo estoy gozando de mis vacaciones, Gloria. Y no puedo aceptar a una clienta sólo porque a ella no le gusta su esposo.

—No se trata de eso, sino de algo mucho más grave. Vivo asustada..., de él, y también de sus amigos.

—¿Qué hizo usted? ¿Descuartizó a alguien?

—No hice nada. Excepto quizás escuchar a gente que habla demasiado. Incluyendo a mi esposo. Lo único que le pido es que me cuide hasta que pueda escapar. Que sea una especie de guardaespaldas.

—Preciosa —le dije sonriendo—, no hay nadie a quien tenga más deseos de cuidar, ni una espalda que tenga

más ganas de guardar. Pero ahora no puedo aceptar el empleo.

Ella frunció el ceño, y entonces miró a un tipo de pantalón de baño verde que se había acercado a nosotros.

—Hola, George.

Yo giré la cabeza y miré a George. No lo había visto antes, pero noté que era muy alto. Era un tipo endemoniadamente atractivo, pero parecía más o menos tan inteligente como un conejo.

—Oh, George, éste es Shell Scott —anunció Gloria.

—Mucho gusto, George —dije, poniéndome de pie y estirando la mano.

Él miró mi mano, pero mantuvo sus zarpas a los costados del cuerpo. Son pocas las cosas que pueden hacer que un hombre se sienta más incómodo, y yo noté que algo empezaba a arder en mi interior.

—Shell Scott —repitió él—. ¿Usted no es ese maldito poli-zonte loco de Los Angeles?

—Soy Shell Scott —contesté—. Tal como le informó la señora. ¿Quiere que se lo repita?

Por un instante su expresión se hizo hosca, pero en seguida ostentó una ancha sonrisa. Tenía aproximadamente mi físico y unos treinta años, o sea mi edad, con pelo ondulado de color arenoso, una nariz perfectamente recta y una gran mandíbula cuadrada. Me estaba sonriendo. Por el momento también tenía dientes sanos.

—Usted me gusta —comentó, sin dejar de sonreír—. Choque esos cinco.

Estiró su mano y yo la tomé, según esa particular costumbre a la que obedecen los hombres. De modo que olvidaríamos los rencores. Quizás él tenía úlceras.

Había algo cierto. Su mano era muy fuerte. Estaba compensando el haber despreciado la mía en la primera oportunidad. Seguía sonriéndome.

—¿Shell Scott? —preguntó con tono cordial—. ¿Eso fué lo que dijo?

Su sonrisa se ensanchó.

Yo aflojé mis dedos, pero él aumentó la presión. Sentí que el dolor agujoneaba los huesos de mi mano, y volví a apretar.

—Oiga —dije con voz tajante—. ¿Esto no le parece un poco tonto? Ahora suélteme.

Sólo entonces apretó con toda su energía. No era más fuerte que yo, pero cuando yo había aflojado mi apretón, él me había estrujado los nudillos, y no tardaría en romperme algo. Era evidente que éste era su propósito.

De modo que esperé unos segundos más y entonces dije:

—Ya es bastante —y levanté mi mano, desviándola hacia la derecha y levantando al mismo tiempo su brazo. Di un paso hacia adelante, pasé por debajo de su brazo y entonces me coloqué detrás de él y aferré su hombro izquierdo con mi mano del mismo lado. Él tenía el brazo derecho retorcido detrás de la espalda, y si quería jugar al quebrantahuesos yo le seguiría la corriente. Si no hubiese estado tan furioso quizá no lo habría hecho, pero él mismo lo había buscado, de modo que levanté su mano detrás de su espalda. Un fuerte gruñido gutural brotó de sus labios en el momento en que yo lo soltaba, apoyaba el pie descalzo sobre su trasero y lo empujaba hacia la pileta. Él dió tres pasos tambaleantes, dos por el cemento y el tercero por el agua, y entonces se zambulló y desapareció de nuestra vista. Me alegré por ello; deseé que se quedase debajo del agua.

Sin embargo, después de un par de segundos su cabeza volvió a asomarse, y empezó a bracear hacia mí, usando una sola mano. Seguiría usando una sola durante bastante tiempo, porque la otra iba a quedarle dolorida. Lo mismo que el resto del cuerpo, según se desprendía de su aspecto.

Llegó al borde de la pileta y empezó a injuriarme, aferrándose al costado de la pileta con la mano. Me arrodillé

cerca de él y le dije con voz suave:

–Conserve su educación o me zambulliré ahí adentro y lo ahogaré. Ahora lárguese, y no vuelva a cruzarse en mi camino. No me gustan sus juegos.

Dejó de blasfemar, pero trató de elevarse hacia mí por encima del borde. No lo logró con una mano, y finalmente se deslizó hasta los escalones de cemento del extremo menos profundo y salió por allí. Al volver a estar sobre las baldosas se quedó un momento mirándome y empezó a levantar la mano derecha.

Hizo un gesto de dolor. Sin dejar de mirarme, con el odio reflejado en sus ojos, levantó la zurda y empezó a manotear su hombro izquierdo.

Me pregunté qué diablos estaba tratando de hacer ese cretino. ¿Quería quitarse el pecho y arrojármelo? Y entonces, en un instante de frío horror, lo comprendí. La administración del Hotel "Las Américas" no aprobaba que sus huéspedes concurriesen a la pileta con armas, pero aparentemente George había olvidado esto en medio de su ira. Finalmente dejó de manotear, giró en redondo y se encaminó hacia el extremo más alejado de la pileta, doblando hacia la derecha.

Miré a mi alrededor. Me había olvidado del montón de gente que estaba allí tomando sol, pero no habían sido muchos los que habían notado lo que sucedía. Yo no había hecho ruido, y los acontecimientos se habían desarrollado rápidamente. Pero algunas de las miradas que recibí no me gustaron. Una de ellas partió de Mushy Ostrowski. Él me observó atentamente, y después se puso de pie y se encaminó hacia George, que ahora estaba en el extremo más apartado de la pileta, en diagonal a mí. Experimenté una ligera sacudida cuando vi nuevamente a George.

Ya no estaba solo. Dos de los gorilas que me habían llamado la atención más temprano estaban conversando ahora con él, y en seguida, después que Mushy se sumó al grupo, llegaron otros dos Gargantúas. Muy pronto tuve la

impresión de que la mitad de los gorilas de Los Angeles se habían congregado en ese rincón, mirándome por turno. Esto no me gustó nada. Quizá me había apresurado excesivamente.

Volví a sentarme junto a Gloria, pero seguí mirando periódicamente al grupo reunido en el rincón.

—Ese tipo desagradable parece tener algunos amigos tan desagradables como él, Gloria —comenté—. ¿Quién es ese bruto?

—¿George? —preguntó ella, dejando de mordisquear su labio inferior y mirándome con los ojos muy dilatados—. Oh, ese bruto es mi esposo.

CAPÍTULO II

Yo la miré durante un rato, sintiéndome bastante trastornado.

–Señora... Gloria. ¿Cuál es su apellido?

–Madison. Gloria Madison.

Madison... George. No, no era posible.

–Gloria –murmuré–, ¿supongo que su esposo no será el pequeño George Madison? ¿El George Madison?

–Sí. ¿Cómo lo adivinó?

–Bien, ja, ja –dije–. El viejo “Muerte Súbita” Madison –miré a los gigantes congregados alrededor de George–. Gloria –agregué–, no podré ser su guardaespaldas hasta que consiga otro guardaespaldas para mí.

Yo sabía muy bien quién era George Madison. Por lo que había oído respecto de él, su ídolo juvenil había sido Drácula. Había matado a muchos hombres. Nadie conocía el número exacto, excepto George, y probablemente él no sabía contar hasta esa cantidad. Había sido asesino a sueldo de un par de cabecillas del sindicato del crimen de los Estados Unidos, y se destacaba por su eficiencia y su estupidez. Posiblemente era el único hombre viviente que caminaba, hablaba y apretaba el disparador sin tener cerebro.

–Discúlpeme –murmuré–. Creo que necesito un vaso de agua. O de whisky, o de veneno –empecé a ponerme de pie. Sé distinguir cuando estoy en inferioridad de condiciones. Precisamente George me colocaba en inferioridad de condiciones.

Gloria apoyó una mano sobre mi brazo. Era la primera vez que me tocaba, e incluso en la situación en que me encontraba, esto lanzó un cosquilleo eléctrico por mi brazo, siguió a lo largo de mi columna vertebral y se desparramó por todas partes. Le miré la cara y la encontré contraída, implorante.

—Señor Scott —dijo ella ansiosamente—. Por favor. Alguien tiene que ayudarme. Usted es el único hombre que hay aquí que podría hacerlo. Siempre le hablé en serio, simplemente no sabía cómo pedirselo. Y..., ya ve por qué estoy asustada, señor Scott.

—Sí —respondí titubeando—. Lo entiendo perfectamente. Y mientras viva podrá llamarme Shell, tesoro.

—¿Me ayudará? Le estaré tan agradecida...

Ésta era una muñeca que daba la impresión de poder mostrarse agradecida en exceso. Y yo soy excesivamente partidario de algunos excesos. Pero sinceramente no sabía qué contestarle.

En ese momento yo ya tenía como cliente a uno de los hombres más importantes de los Estados Unidos. Si mencionase su nombre ustedes lo identificarían, de modo que de ahora en adelante lo llamaré simplemente Joe. Esta fué una de las condiciones que impuso cuando me contrató: que yo olvidase su nombre. Aun durante nuestra primera conversación lo llamé Joe. Esto refleja la importancia del caso y de mi cliente. Joe es uno de los principales dirigentes obreros de los Estados Unidos. Ni siquiera puedo dar el nombre del sindicato que encabeza; esto equivaldría a gritar su nombre.

No podía decirle a Gloria que estaba trabajando, porque Joe había arreglado todo para simular que yo había viajado a Méjico por un caso completamente distinto: un robo de joyas que ya estaba supuestamente solucionado; y se suponía que ahora estaba gozando de mis vacaciones, por si alguien manifestaba curiosidad. Y entonces se me ocurrió una idea. Antes de llegar a Acapulco, el día an-

terior, yo había encontrado a una de las personas que estaba buscando. La había hallado muerta. Entonces no había entendido el motivo, pero ahora, con todos los forajidos que parecían estar en la ciudad, estaba vislumbrando algo. Lo medité un rato, y por fin me volví hacia Gloria.

No sabía exactamente qué iba a decirle, pero cuando vi la pose que había adoptado, terminé por decidirme. Tenía las piernas dobladas debajo del cuerpo y estaba sentada sobre los talones, un poco inclinada hacia adelante y mirando seriamente mi cara. La tela sintética que le cubría los pechos se había deslizado hacia adelante más de lo razonable, y el sol resplandeciente doraba su piel tostada, reflejándose sobre la franja blanca que generalmente quedaba oculta de la vista.

–Está bien, Gloria –dije, mirando eso–. Haré lo que pueda.

Ella suspiró. Suspiró tan profundamente que me sentí realmente ansioso por ayudarla.

–Oh, Shell –murmuró–. Yo... –dejó morir las palabras.

–Pero entienda esto –dije–. No podré dedicar mucho tiempo a seguirla..., no tanto tiempo como me gustaría. Estoy..., tengo otra olla en el fuego. Y probablemente no podré resultarle muy útil. Diablos, ni siquiera sé qué es lo que desea que haga.

–Yo tampoco lo sé con certeza. Simplemente quiero tener a alguien a mi lado, a alguien que no sea de la laya de George. Usted me entiende: me siento rodeada. Y quiero salir de aquí con vida. Después, me arreglaré sola. Y le pagaré...

–Espero que me pague, pero no en dinero –la interrumpí. Ella empezó a esbozar una sonrisa maliciosa y casi contestó algo, pero yo sé lo impedí–. Y no me entienda mal. Quiero que empiece por arrojarme a la pileta.

Ella frunció el ceño, desconcertada. Yo seguí hablando, mientras rumiaba la idea que se me había ocurrido hacía un rato.